

FIESTA DE LA DEDICACIÓN DE LA BASÍLICA DE LETRÁN

LECTURAS:

PRIMERA

Ezequiel 47,1-2.8-9.12

En aquellos días, el ángel me hizo volver a la entrada del templo. Del zaguán del templo manaba agua hacia levante -el templo miraba a levante-. El agua iba bajando por el lado derecho del templo, al mediodía del altar. Me sacó por la puerta septentrional y me llevó a la puerta exterior que mira a levante. El agua iba corriendo por el lado derecho. Me dijo: "Estas aguas fluyen hacia la comarca levantina, bajarán hasta la estepa, desembocarán en el mar de las aguas salobres, y lo sanearán. Todos los seres vivos que bullan allí donde desemboque la corriente, tendrán vida; y habrá peces en abundancia. Al desembocar allí estas aguas, quedará saneado el mar y habrá vida dondequiera que llegue la corriente. A la vera del río, en sus dos riberas, crecerán toda clase de frutales; no se marchitarán sus hojas ni sus frutos se acabarán; darán cosecha nueva cada luna, porque los riegan aguas que manan del santuario; su fruto será comestible y sus hojas medicinales".

SEGUNDA

1a Corintios 3,9c-11.16-17

Ustedes son edificio de Dios. Conforme al don que Dios me ha dado, yo, como hábil arquitecto, coloqué el cimiento, otro levanta el edificio. Mire cada uno cómo construye. Nadie puede poner otro cimiento fuera del ya puesto, que es Jesucristo. ¿No saben ustedes que son templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en ustedes? Si alguno destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá a él; porque el templo de Dios es santo: ese templo son ustedes.

EVANGELIO

Juan 2,13-22

Se acercaba la Pascua de los judíos, y Jesús subió a Jerusalén. Y encontró en el templo a los vendedores de bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas sentados; y, haciendo un azote de cordeles, los echó a todos del templo, ovejas y bueyes; y a los cambistas les esparció las monedas y les volcó las mesas; y a los que vendían palomas les dijo: "Quiten esto de aquí; no conviertan en un mercado la casa de mi Padre". Sus discípulos se acordaron de lo que está escrito: "El celo de tu casa me

devora. Entonces intervinieron los judíos y le preguntaron: "¿Qué signos nos muestras para obrar así?" Jesús contestó: "Destruyan este templo, y en tres días lo levantaré". Los judíos replicaron: "Cuarenta y seis años ha costado construir este templo, ¿y tú lo vas a levantar en tres días?" Pero él hablaba del templo de su cuerpo. Y, cuando resucitó de entre los muertos, los discípulos se acordaron de que lo había dicho, y dieron fe a la Escritura y a la palabra que había dicho Jesús.

HOMILÍA:

En este domingo estamos celebrando una Fiesta singular: la Dedicación de la Basílica de San Juan de Letrán, en Roma.

Hasta el siglo III no hubo propiamente templos dedicados al verdadero Dios, como no fuese el de Jerusalén, que fue destruido, junto con la ciudad, por el ejército romano el año 72 de la era cristiana.

Los cristianos se reunían donde podían, sobre todo porque durante los tres primeros siglos hubo muchas persecuciones, y las reuniones muchas veces se hacían en lugares secretos, como las Catacumbas o cementerios, a fin de evitar ser sorprendidos.

Con el advenimiento de Constantino al poder, como emperador de Roma, éste se mostró benévolo con los cristianos, dando fin a las persecuciones y hasta ayudando a la propagación de la fe.

Contrario a lo que muchos protestantes repiten por activa y pasiva, Constantino nada tuvo que ver con la doctrina de la Iglesia. Nunca se le permitió influir en lo que la Iglesia enseñaba. El solo actuó por puro interés político, ya que, siendo un hombre inteligente, se dio cuenta de que el Cristianismo estaba llamado a sustituir la religión pagana que se practicaba en Roma.

Actuó, por tanto, como el político que era, y de ahí que favoreciera a la Iglesia, por lo que regaló al Papa el Palacio de Letrán, en cuyos terrenos se construyó una Basílica dedicada al Divino Salvador, que es la Catedral de Roma. En el palacio vivieron los Papas durante muchos siglos. Esta Basílica fue posteriormente dedicada a San Juan Bautista y al apóstol San Juan. Por eso su actual nombre.

Fue, por tanto, la verdadera primera iglesia cristiana, por lo que se le ha llamado "Madre y Cabeza de todas las iglesias de la Urbe (Roma) y del Orbe (mundo)". Fue consagrada por el Papa San Silvestre en el año 324.

Esta es la razón por la que hoy celebramos esta fiesta, pues habiendo sido San Pedro el primer obispo de Roma, toda la Iglesia reconoció la preeminencia de dicha sede.

En el Antiguo Testamento el Señor permitió a los judíos levantar un solo templo, en Jerusalén, para resaltar que hay un solo Dios verdadero.

Luego del cese de las persecuciones, aparte de la Basílica Catedral de Roma, se fueron levantando edificios dedicados al culto y como lugares de reunión de las comunidades.

En todos ellos, no importa el nombre que lleven para distinguirlos, se celebra un culto dedicado al Único Dios verdadero, en sus Tres Personas distintas, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Más que templos se les da el nombre de "iglesias", porque esta palabra significa "reunión" o "asamblea".

Es en las iglesias que se reúne el pueblo de Dios, para ofrecer a su Señor un culto digno de Él. Las celebraciones litúrgicas están todas presididas por el propio Jesús, que es el cimiento sobre el que se edifica la Iglesia, como nos recuerda hoy el apóstol san Pablo.

Pero el propio apóstol nos recuerda que también nosotros somos templos del Señor, pues habiendo sido consagrados en el Bautismo, estamos dedicados a Dios para vivir en su amor y su gracia.

Esto significa que, así como nos dice Ezequiel en la primera lectura, que del Templo salía un torrente de aguas vivificadoras, según la visión que el mismo Dios le permitió recibir, también nosotros, como templos de Dios, tenemos que ser ese torrente de agua vivificadora que transforme el mundo en un lugar digno de su Creador.

Es una gran responsabilidad, por tanto, la que hemos recibido todos los que fuimos sepultados en Cristo el día de nuestro Bautismo, para ser transformados en instrumentos de paz, de amor, de servicio, de santidad y de justicia.

Puede que en el mundo falten iglesias como lugares de reunión, pero lo que nunca pueden faltar son los templos vivos que, con su vida de santidad, vayan transformando la sociedad, a fin de que la salvación ganada por Cristo sea una realidad para todos los seres humanos.

Lo que hace posible la existencia de la Iglesia es que Cristo derramó su sangre para consagrarla como el nuevo Pueblo de la Nueva Alianza.

Si nosotros los cristianos le fallamos al Señor nos haremos responsables que muchos nunca lo conozcan, pues es nuestro deber extender el Reinado de Cristo por todos los confines de la Tierra.

Aunque las iglesias, como lugares de reunión, son importantes, mucho más lo es que se multipliquen los templos vivos, que son todos aquellos que aceptan ser transformados en seres nuevos, lavados de sus pecados por la acción vivificadora del agua bautismal.

Nunca olvidemos que así como Cristo es el Templo por excelencia en que el Padre es alabado, así también nosotros, sus discípulos, podemos ser los continuadores de su obra salvadora, dejándonos inspirar por el Espíritu Santo, poniendo en práctica sus dones, para convertirnos en templos vivos que adoremos al Padre en espíritu y verdad.

Cada Parroquia, en el lugar donde se encuentre, debe ser un faro de luz para todos los que viven a su alrededor.

Es cierto que muchas veces los más cercanos a las iglesias son los que menos las frecuentan. Pero si los miembros de dichas comunidades están viviendo bajo la guía del Espíritu Santo, podemos asegurar que en poco tiempo muchas serán las conversiones.

El edificio de una iglesia puede ser atrayente por muchas razones, incluso arquitectónicas, sin que nadie se mueva a participar en ella. Muy distinto resulta cuando esa iglesia está constituida, más que por ladrillos y cemento, por una comunidad que ora, se sacrifica, trabaja y evangeliza. Los resultados serán muy diferentes.

Cada uno de nosotros, los cristianos, tenemos que estar conscientes de lo mucho o poco que podemos hacer. Incluso, podríamos causar mucho daño si tomamos, como los judíos de los que hoy nos habla el evangelio, el edificio sagrado para hacer toda clase de negocios profanos. Bien mereceríamos que el Señor nos expulsara de un lugar del que estamos sobrando.

Hagámonos dignos, pues, del llamamiento que hemos recibido. Vayamos a las iglesias a llenarnos de Dios, para luego salir de ellas a compartir, con entusiasmo, entre los que no le conocen.